

ILUSTRACIONES DE NURIA DÍAZ



La chica que
leía en el metro

CHRISTINE FÉRET-FLEURY



La chica que leía en el metro (edición ilustrada) Christine Féret-Fleury &
(Spanish Edition) Nuria Díaz

Christine Féret-Fleury

La chica que leía en el metro

Traducción de
Noemí Sobregués

Ilustraciones de
Nuria Díaz

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para Guillaume y Madeleine, mis ediciones princeps...
Y para ti, pequeño Robin, que viniste al mundo
cuando escribía las últimas frases de esta novela.
Que estos «amigos de papel» —los libros— te acompañen
fielmente para que te alegren y te consuelen
toda tu vida*



*Yo, que me figuraba el Paraíso
bajo la especie de una biblioteca.*

JORGE LUIS BORGES,
«Poema de los dones»

1

El hombre del sombrero verde siempre subía en Bercy, siempre por la primera puerta del vagón, y bajaba por la misma puerta en La Motte-Picquet-Grenelle exactamente diecisiete minutos después... los días en que las paradas, los pitidos y los golpes metálicos se sucedían a un ritmo normal, los días sin afluencia excepcional, sin accidentes, sin alertas, sin huelga y sin esperas para regular el tráfico. Los días corrientes. Esos días en los que te da la impresión de formar parte de una maquinaria bien engrasada, de un gran cuerpo mecánico en el que todo el mundo, le guste o no, encuentra su lugar y hace su papel.

Esos días en los que Juliette, protegida detrás de sus gafas de sol en forma de mariposa y la gruesa bufanda de punto que su abuela Adrienne le hizo a su hija en 1975 — una bufanda de dos metros y medio como mínimo, de un azul pálido, el de las cimas lejanas a las siete de la tarde en verano, pero no en cualquier parte, sino en las alturas de Prades mirando al Canigó—, se preguntaba si su existencia tenía más importancia en este mundo que la de la araña a la que aquella misma mañana había ahogado en la ducha.

No le gusta dirigir el chorro al cuerpecito negro y peludo, observar de reojo las delgadas patas agitándose frenéticamente y luego doblándose de golpe, ver al insecto arremolinarse, tan ligero e insignificante como una hebra de lana

arrancada de su jersey preferido, hasta que el agua lo arrastra por el desagüe, que cierra inmediatamente con una palmada enérgica.

Asesinatos en serie. Las arañas subían cada día, emergían de las tuberías tras un periplo de orígenes inciertos. ¿Eran siempre las mismas, que, una vez proyectadas a oscuras profundidades difíciles de imaginar, en esas entrañas de la ciudad que parecen un inmenso criadero de vida bulliciosa y maloliente, se desplegaban, resucitaban y reemprendían una ascensión casi siempre destinada al fracaso? Juliette, asesina culpable y asqueada, se veía con los rasgos de una divinidad despiadada, aunque distraída, o casi siempre demasiado ocupada para cumplir su misión, velando de forma intermitente en la boca de acceso a los infiernos.

¿Qué esperaban las arañas, una vez con los pies secos, por así decirlo? ¿Qué viaje habían decidido emprender, y con qué fin?

Quizá el hombre del sombrero verde habría podido darle la respuesta, si Juliette se hubiera atrevido a preguntárselo. Cada mañana abría su cartera y sacaba un libro cubierto de un papel fino casi transparente, tirando también a verde, cuyas esquinas desplegaba con gestos lentos y precisos. Luego deslizaba un dedo entre dos páginas separadas por una tira del mismo papel y empezaba a leer.

El libro se titulaba *Historia de los insectos útiles para el hombre, para los animales y para las artes, a la que se ha adjuntado un suplemento sobre cómo destruir a los insectos nocivos.*

Acariciaba la encuadernación de cuero moteado y el lomo decorado con hilos dorados, donde el título destacaba sobre fondo rojo.

Lo abría, se lo acercaba al rostro y lo olía con los ojos medio cerrados.

Leía dos o tres páginas, no más, como un gourmet degustando pastelitos de nata con una cucharilla de plata. Su rostro esbozaba una sonrisa enigmática y satisfecha; la sonrisa que Juliette, fascinada, imaginaba en el Gato deeshire de *Alicia en el país de las maravillas*. Por los dibujos animados.

En la estación Cambronne, aquella sonrisa se desvanecía y daba paso a una expresión de tristeza y de decepción; doblaba el papel, volvía a meter la obra en la cartera y pressionaba los cierres. Y se levantaba. Ni una vez había mirado a Juliette, que, sentada frente a él —o de pie, agarrada a la barra brillantada cada día por cientos de manos enguantadas o no—, lo devoraba con los ojos.

Se alejaba a pequeños pasos, muy recto dentro de su abrigo abotonado hasta el cuello y con el sombrero inclinado sobre la ceja izquierda.

Sin aquel sombrero, sin aquella sonrisa, sin aquella cartera en la que encerraba su tesoro, Juliette probablemente no lo habría reconocido. Era un hombre como tantos otros, ni guapo ni feo, ni atractivo ni antipático. Algo gordo, de edad incierta, bueno, de cierta edad, como suele decirse.

Un hombre.

O mejor: un lector.

—La abeja, el gusano de seda, el quermes, la cochinilla, el cangrejo de río, los bichos bola, las cantáridas, las sanguijuelas...

—¿Qué dices?

Juliette, que canturreaba, se sobresaltó.

—¡Oh! Nada. Una especie de canción... Intentaba recordar los nombres...

—He recibido los resultados del diagnóstico de eficiencia energética del piso del bulevar Voltaire —le dijo Chloé, que no la había escuchado—. ¿Tienes tú el informe?

Juliette tardó un poco en asentir con la cabeza. Seguía pensando en el hombre del libro verde, en los insectos, en las arañas... Aquella mañana había ahogado dos.

—Dámelo. Voy a archivarlos —dijo.

Giró la silla, sacó una carpeta del archivador, que cubría toda una pared del despacho, e introdujo las hojas. Observó que el cartón era de un amarillo sucio. No podía ser más triste. La pared entera, deformada, llena de etiquetas que se despegaban por las esquinas, parecía a punto de caerle encima como una avalancha de barro. Juliette cerró los ojos, imaginó el chapoteo, las burbujas explotando en la superficie..., el olor, y se apretó con fuerza la nariz para reprimir las arcadas que le ascendían por la garganta.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Chloé.

Juliette se encogió de hombros.

—¿Estás embarazada? —insistió su compañera.

—Para nada. Pero me pregunto cómo consigues trabajar delante de esto... este color es repugnante.

Chloé la miró con los ojos muy abiertos.

—Repugnante —repitió su compañera separando las sílabas—. Se te va la olla. Mira que he oído chorradas, pero te has superado. Solo son archivos. Son feos, vale, pero... ¿Estás segura de que te encuentras bien?

Juliette tamborileaba en la mesa con los dedos, a ritmo entrecortado: «La abeja, el gusano de seda, el quermes, la cochinilla, el cangrejo de río, los bichos bola, las cantáridas, las sanguijuelas...».

—Muy bien —contestó—. ¿Qué lees en el metro?

2

Estaba la anciana, la estudiante de matemáticas, el aficionado a la ornitología, el jardinero, la enamorada..., al menos Juliette la suponía enamorada por su respiración ligeramente entrecortada y por las minúsculas lágrimas que asomaban a sus pestañas cuando había devorado ya tres cuartas partes de su novela romántica, gruesos volúmenes con las esquinas dobladas a fuerza de haberlos leído y releído. En la cubierta se veía a veces a una pareja abrazada sobre un fondo rojo sangre, o el sugerente encaje de un sujetador. El torso desnudo de un hombre, un trasero, una sábana arrugada o un par de gemelos, con el título sobriamente destacado por la vara forrada de cuero de un látigo... y aquellas lágrimas que, hacia la página 247 (Juliette lo había comprobado lanzando una discreta mirada), surgían entre las pestañas de la chica, y luego resbalaban lentamente hacia el ángulo de su mandíbula mientras los párpados se cerraban y un suspiro involuntario le elevaba los pechos redondos, ceñidos en una blusa corta muy decente.

«¿Por qué la página 247?», se preguntaba Juliette siguiendo con la mirada un paraguas abierto que avanzaba a toda prisa por el andén de la estación Duplex, protegiendo de la lluvia oblicua a toda una familia de la que solo podía ver las piernas, piernas pequeñas de terciopelo marrón, piernas grandes con vaqueros, piernas delgadas con mallas de rayas. ¿Qué sucedía en aquella página, qué repentina emo-

ción irrumpía, qué desgarró, qué angustia que le oprimía la garganta, qué estremecimiento de voluptuosidad o de abandono?

Juliette, pensativa, tamborileaba con los dedos la cubierta de su libro, que, absorta en lo que observaba, apenas abría. El volumen de bolsillo con el canto manchado de café, con el lomo agrietado, pasaba de un bolso a otro, del bolso grande de los martes —el día que Juliette hacía la compra al salir de la agencia— al bolsito de los viernes, noche de cine. La postal entre las páginas 32 y 33 llevaba más de una semana sin moverse. El paisaje que mostraba un pueblo de montaña alzándose en la lejanía por encima de un mosaico de campos en tonos oscuros le hacía pensar en la anciana, la que siempre hojeaba el mismo libro de recetas y a veces sonreía como si la descripción de un plato le recordara una locura de juventud; y a veces cerraba el libro, apoyaba en él su mano sin anillos y observaba por la ventana las barcazas surcando el Sena o los tejados brillantes por la lluvia. El texto de la contracubierta estaba en italiano, centrado por encima de una foto en la que se veían dos pimientos de gran tamaño, un hinojo regordete y una bola de mozzarella en la que un cuchillo con mango de hueso había dejado un surco rectilíneo.

«La abeja, el gusano de seda, el quermes, la cochinilla, el cangrejo de río, los bichos bola, las cantáridas, las sanguijuelas... *Carciofi, arance, pomodori, fagiolini, zucchini... crostata, lombatina di cervo, gamberi al gratin...*» Palabras-mariposas que revoloteaban por el vagón abarrotado hasta posarse en las puntas de los dedos de Juliette. La imagen le parecía cursi, pero era la única que se le ocurría. Y además,

¿por qué mariposas? ¿Por qué no luciérnagas titilando unos segundos hasta apagarse? ¿Cuándo había visto luciérnagas? La verdad es que nunca. Ya no había luciérnagas en ninguna parte, se temía. Solo recuerdos. Los de su abuela, la que había hecho la bufanda. Y que se parecía a la anciana del libro de cocina, el mismo rostro blanco y apacible, las mismas manos un poco fuertes, de dedos cortos y en su caso con un solo anillo, la gruesa alianza que, año tras año, se había hundido en la carne hasta marcarla para siempre. La piel arrugada, salpicada de manchas, cubría el anillo, el cuerpo digería el símbolo, se deformaba en contacto con él. «Las luciérnagas —decía—, las luciérnagas son estrellas caídas. Yo era aún tan pequeña que no me dejaban quedarme despierta, y las noches de verano eran tan largas... El sol atravesaba las ranuras de las persianas durante al menos dos horas. Se deslizaba suavemente por la alfombra y subía por los barrotes de mi cama; y después, de golpe, la bola de cobre clavada en el techo empezaba a brillar. Sabía que me perdía lo más bonito, ese instante en que el sol se hunde en el mar, en que el mar parece vino, o sangre. Entonces me hacía un nudo en el camisón, ¿sabes? Muy apretado a la cintura. Y bajaba agarrándome al emparrado. Como un mono. Y corría hasta el final del campo, desde donde se veía el mar. Luego, cuando ya había oscurecido, me columpiaba en la cerca, que siempre dejaban abierta, detrás de donde se criaban los gusanos de seda... Allí las vi. Llegaron de golpe. O salieron de la tierra, nunca lo supe. Silenciosas, suspendidas en el aire, posadas en briznas de hierba... Me quedaba muy quieta, ni siquiera me atrevía a respirar. Estaba en medio de las estrellas.»